



ARCADIO BLASCO, O CUANDO EL PINTOR CONSTRUYE CON SU TIERRA

Es hermoso poder seguir la obra de un artista y comprobar cómo éste crece en importancia, en hondura, en trascendencia. Este es el caso de Arcadio Blasco, pintor por naturaleza, cuya obra actual ha desbordado ya la clasificación habitual que se venía haciendo de pintura, escultura, dibujo, grabado, para insertarse en un plano superior en el que están incluidas todas estas disciplinas artísticas, integradas en un ámbito arquitectónico.

Todo artista lucha por encontrar su propio material acento, muy pocos lo consiguen plenamente; y en otros casos, más lamentables todavía, pierden con los años ese ímpetu inicial

para irse disgregando en la repetición amanerada. Con Arcadio Blasco ha sucedido lo contrario, pues de unos tanteos iniciales sin mayor resonancia su obra ha llegado a un grado de madurez creativa que lo sitúa entre las personalidades más acusadas del momento actual español.

Ya no se puede hablar de pintura, ni de escultura, al referirnos a sus creaciones actuales. Sus obras cerámicas últimas se sitúan en un plano superior en el que todas las catalogaciones al uso han quedado anticuadas. Hablar de "objetos artísticos" sería mininizarlas y darles

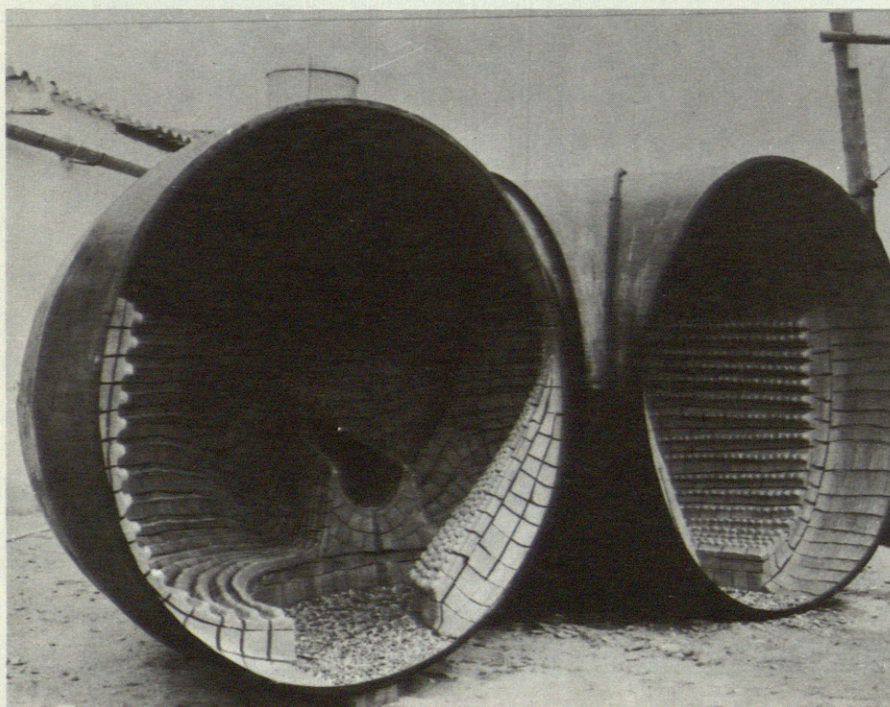
un cierto cariz frívolo del que carecen en absoluto. Arquitectura manual, escultura transitable, edificación para habitar el espíritu, serían definiciones más cercanas a la realidad física y metafísica de lo que actualmente realiza Arcadio Blasco.

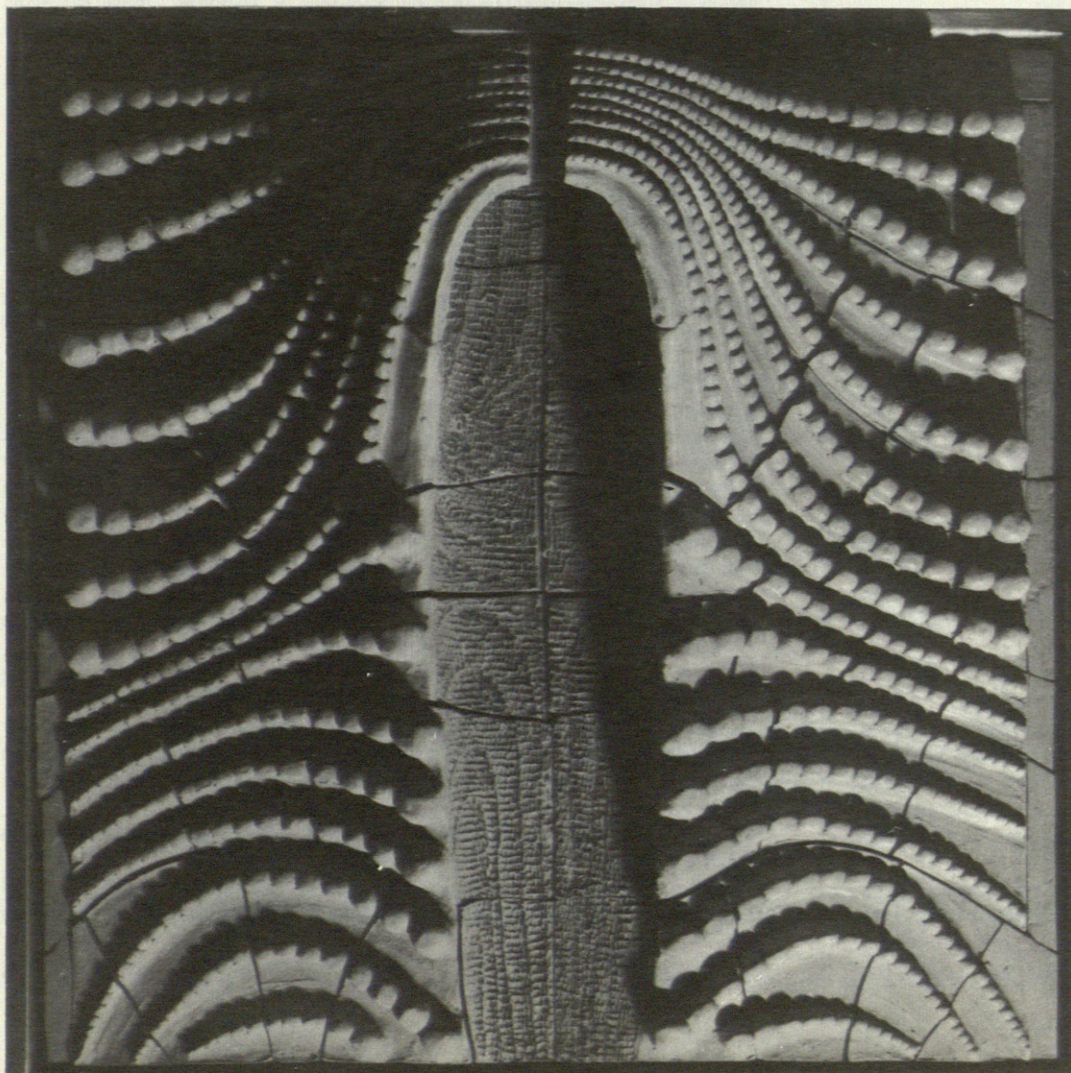
Pues de verdaderas edificaciones se trata. Para construir cualquiera de estas piezas que ahora se han exhibido en Madrid, en la Galería Iolas, como este verano se exhibieron otras en la Bienal de Venecia, Arcadio Blasco tiene que trazar planos, ordenar maquetas, levantar muros con técnicas de albañiles y de constructores metálicos, calcular resistencias, cocer cerámica, despiezar materiales, ensamblar partes diversas, añadir soportes de hierro, corregir y rectificar. Todo estos ingentes trabajos no serían nada si el resultado fuese mediocre o poco original, ya que las horas de trabajo invertidas en la obra de arte no importan nada, sino sólo el resultado obtenido. Pero es preciso aludir a ellos porque son reveladores de una exigencia personal que no sólo ha perseguido lo más difícil, sino que ha puesto todo el entusiasmo y todos los sacrificios para conseguirlo.

Arcadio Blasco tiene hoy un puesto único en el arte de la hora presente española. No existe ninguno como él, y ese puesto lo ha conseguido por derecho propio, sin ir a la cola de nadie y desplegando técnicas muy personales. Podrá gustar más o menos a unos y a otros, pero esto no tiene nada que ver con el problema que abordamos. Las fotografías que se publican con estas líneas dicen muy poco de la obra como en realidad es. Una realidad con la consistencia de la arquitectura, con la fragilidad aparente de la vasija cerámica, con el espesor rotundo de la escultura, con la piel incidida del grabado y con los esquemas lineales del dibujo. Es difícil explicar todo esto, y más difícil todavía imaginarlo sin tenerlo delante. Nos encontramos ante una expresión totalmente nueva en la que no faltan, tampoco, implicaciones de tipo poético ni de carácter sociológico.

Arcadio Blasco es, ante todo, pintor. El se considera así aunque su obra presente haya dejado muy atrás el inicial punto de despegue. En la década de los años cincuenta sintió la gran preocupación por los nuevos materiales que invadió gran parte del arte joven español de ese momento; entonces empezó a experimentar con materias cerámicas sobre los que extendía los esmaltes con técnica de pintor. Los brillos de esos esmaltes ocultaban las rugosidades de la materia cerámica, pero que ya estaba dentro, sustentándolo todo. Su etapa siguiente fue la de los grafismos, en los que las formas espirales se enroscaban alrededor de centros de tensión.

La espiral, principio y fin de toda la vida, ley de movimiento, fue envolviendo su obra y en





ella se produjeron hendiduras, erosiones, huecos por los que penetraba la mano creadora. Los huecos se fueron haciendo cada vez más considerables hasta permitir el paso del cuerpo por entre el torbellino de las espirales, símbolo de eternidad, en las que el comienzo enlaza con el fin, para volver a empezar una y otra vez. Estas espirales ya no eran trazadas sobre el papel, sino que adquirieron corporeidad con la materia cerámica, con la madre tierra, que ha sustentado todos los mitos de la fertilidad y del crecimiento. Tierra trabajada con la mano, amasada, depositada en pegotones, cocida con fuego de leña y ordenada después como se van apilando los ladrillos que forman las casas labriegas.

Porque Arcadio Blasco no aspira a hacer construcciones monumentales, reveladoras de la soberbia humana, que estúpidamente quieren competir con las proporciones de la naturaleza. Su objetivo es más ambicioso, y, por tanto, más modesto. El sólo quiere que sus esculturas cerámicas no excedan nunca de la altura a que pueda alcanzar la mano del hombre. Por eso tienen siempre algo de cueva, de huevo, de matriz envolvente, de los primeros recintos en los que se desenvuelve la vida del hombre natural, aún no mitificado ni desbordado por la técnica, aún no engañado por las ideologías.

—Soy un intuitivo, pero razono mucho. El hombre pretende hacer cosas de gran tamaño, pero yo creo que hay que volver a nuestras proporciones reales.

Este es uno de los pensamientos que guían a Arcadio Blasco en su momento presente, pintor que construye con su tierra. Y la considera tanto, que no sólo la mira como un material para hacer su obra artística, sino que la trasciende dándole todo el valor que tiene de sustentadora de todos los hombres.

Esa preocupación por la tierra en la que tiene que vivir y de la que tiene que vivir, es la que ha llevado a Arcadio Blasco a otras empresas de tan marcado carácter social como es la puesta en marcha de la Asociación de Artistas Plásticos, por la que vienen luchando un grupo de artistas desde hace años.

—Los artistas en España estamos totalmente desamparados, cosa que no sucede con ningún otro profesional. Nuestra preocupación máxima es que los artistas de hoy no queramos permanecer dentro de la campana de cristal en que nos han situado; queremos ser útiles a la sociedad y que la sociedad nos reconozca los mismos derechos que a cualquier otro trabajador. No queremos que se repitan los casos de los artistas muertos prematuramente cuyas familias han quedado en la indigencia sin la menor asistencia colegial. No somos más que hombres libres que pedimos se cuente con nosotros, conscientes de nuestra misión.

Hombre salido de la tierra campesina, con la tierra trabaja haciendo de ella misterio envolvente, a la tierra aspira. Una tierra que sea justa para todos.

J. Ramírez de Lucas